

III Congreso Teológico

(Guadalajara, Jalisco, México)

22-25 de octubre de 2013

“El redescubrimiento alegre de la fe”

1ª Ponencia:

“Antropología de la increencia”

PRESENTACIÓN

*En primer lugar debo confesar que no es fácil aportar algo no escuchado con anterioridad, dado el Año de la Fe, el Congreso anterior sobre el mismo tema, y la cantidad de documentos en torno al mismo, muy especialmente la Encíclica **Lumen Fidei** que recoge el trabajo de Benedicto XVI enriquecido por el actual Papa Francisco. En esta primera ponencia intentaré presentar algunos rasgos de lo que he llamado “antropología de la increencia”. Dos advertencias importantes:*

Primera, que la situación de la fe en la cultura contemporánea está muy bien expuesta en numerosos documentos y obras de teología. Por eso, más que describir el ambiente, voy a intentar dar unas pinceladas sobre el sujeto humano que ese ambiente está fabricando. Pinceladas: sin desarrollar los rasgos y seleccionando estos para reducirlos a tres que me parecen importantes.

Segunda advertencia: la descripción será negativa. Y eso hay que acogerlo con prudencia. Me han pedido que explique en esta primera intervención la dificultad real para transmitir hoy la fe. Lo intentaré, pero teniendo presente que ni esos rasgos son absolutamente negativos, ni están hoy por hoy tan extendidos a pesar de la globalización general. Creo que ya son muy constatables e intensos en Europa y otros lugares.

Seguramente, en América Latina la religiosidad tiene aún una gran fuerza y existe una apertura mayor a la fe. De todas formas, los grandes poderes, dueños del dinero y de los medios, apuntan en esa dirección y me temo que avanzarán. Nosotros confiamos en la grandeza de la fe, objeto de las siguientes exposiciones, en la fuerza del Señor, y en el hombre, que a pesar de todo, sigue siendo imagen de Dios abierto a él.

Desde la perspectiva de la dificultad para creer, ¿qué rasgos convendría destacar en el hombre actual fruto de esta cultura globalizada? Vamos a seleccionar tres entre los muchos que cabría estudiar:

A. LAS TRES CARAS DEL NO CREYENTE ACTUAL

1. *El hombre “des-almado”*

a. [EL “DESCUBRIMIENTO” DE LO REAL]

Hubo un momento de la historia en que el hombre explicitó, casi simultáneamente, tres realidades que habían pesado en él desde siempre; pero de las cuales no se había tomado plena conciencia hasta entonces: el *ser*, la *conciencia* y el *alma* inmortal. Fueron los filósofos griegos de la época de Pericles, Sócrates, Platón, Aristóteles. El siglo V a.C., denominado por Jaspers *siglo axial de la historia*, o *era axial*, referida al espacio entre los siglos VIII y V a.C. Ya Parménides había descubierto el ser, la realidad profunda de las cosas. Frente al eterno fluir (Heráclito) y la nube de átomos sin forma (Demócrito), el pensador se propone captar y definir el ser, la esencia o realidad última de las cosas, pues estas tienen fondo y fundamento, ¡son! Conjugar el verbo ser con plena conciencia equivale a declarar la seriedad de la vida, de las cosas, la realidad de lo real. Lejos de esta línea de pensamiento la idea de un mundo caótico (hinduismo), de un lenguaje meramente funcional (¡los sofistas!), de una vida más apariencial que real. El mundo de apariencias evanescentes y el tiempo circular y repetitivo de Oriente quedaban atrás. Nacía Occidente. La conciencia personal, no como eco del exterior en la subjetividad, sino como descubrimiento del yo en el horizonte de lo infinito, aparece en la revelación divina de la responsabilidad personal (Ezequiel), y, casi al mismo tiempo, lo expresa racionalmente Sócrates con su *daimon* o dioscecillo interior, que le dice lo que está mal, aunque esté aprobado por las leyes o costumbres.

① **[EL ALMA INMORTAL]** Los descubrimientos del ser y de la conciencia personal traen consigo la afirmación del alma humana y su inmortalidad. No entremos ahora en las dificultades que esto plantea (dualismo, espiritualismo...) sino en su significado profundo. Una visión del ser humano abierto al infinito, capaz de preguntas sobre el sentido y ansioso de respuestas razonables basadas en la realidad. Ser (realidad no manipulable), Conciencia (responsabilidad ante el ser) y Alma (ser abierto al infinito). Es decir, Hombre.

② **[¿DUALISMO ANTROPOLÓGICO?]** Afirmar el alma fue un paso trascendental; definir su naturaleza, ya fue otra cosa. En principio, aquella antropología en ciernes cayó en un dualismo burdo. Cuerpo animal, pura materialidad, más espíritu celeste: una mezcla imposible destinada a la separación. Recordamos a Platón. Un dualismo que quita valor al cuerpo y que elimina la individualidad al concebir el alma como preexistente, universal y común a toda la especie. Luego vendrá Aristóteles, y, siglos después, Santo Tomás retomará el legado de este y lo perfilará: alma individual, creada al mismo tiempo que el cuerpo; dos *casi* sustancias que forman una única sustancia. No hay alma más cuerpo, sino hombre; hombre surgido desde dos principios o fuentes, pero sustancia única y original. Sin embargo, el dogma de la retribución inmediata a la muerte, definido por Benedicto XII en la bula *Benedictus Deus* (año 1336), introduce en la fe el alma separada, y vuelve el problema.

③ **[IDEA CRISTIANA DEL ALMA]** Sin entrar ahora en esta difícil cuestión, basta señalar que es preciso seguir hablando del alma, pero en sentido cristiano, superando las concepciones filosóficas. Lo hace Joseph Ratzinger en su *Escatología*, de la cual tomo estas palabras que nos pueden iluminar: La “*apertura de la existencia no representa una añadidura (...) sino que constituye lo más profundo de la existencia humana: esa apertura es ni más ni menos que lo que llamamos «alma»*” (Ratzinger, *Escatología*, 172). El alma no es algo añadido al cuerpo; es su apertura constitutiva a la eternidad, una apertura que se traduce en deseo de infinitud, en preguntas por el sentido, en inquietud permanente. Y, al tiempo, esa apertura es la *forma* o esquema configurador del cuerpo humano, del hombre. Un ejemplo nos puede ayudar a intuir: pensemos en una catedral como las góticas, pero mucho más abierta a la luz, con enormes y bellos vitrales

imposibles en la Edad Media. El arquitecto quiere que la comunidad reunida en el templo sea iluminada y eleve los ojos más allá de la constatación de que se está en una reunión social. Quiere luz, mucha luz, muchísima luz; más aún. Y tiene los elementos técnicos para lograrlo. Entonces piensa el edificio en función de la luz: aquella girola debe iluminar directamente el altar al atardecer, esta linterna... Desde la búsqueda de la luz diseña los nervios, los muros, los contrafuertes. La luz es la forma del edificio, aunque no aparezca en los planos; en estos aparecen las ventanas, los vitrales, pero no la luz; sin embargo, esos planos han sido dibujados buscando la luz, desde la luz como forma de la forma. Es ella la que “ha dado a luz” toda la estructura y los ventanales, es su *forma*. Permitid una divagación: cierta arquitectura posconciliar ha despreciado la luz de fuera y ha edificado ámbitos cerrados, iluminados exclusivamente por luz artificial: ¿no convendría reflexionar? ¿Será una consecuencia o, al menos, una coherencia no casual con la eliminación del alma o apertura a la luz? Quizá hemos hecho con las iglesias lo que hemos realizado con el cuerpo: cerrarlo a la luz. El alma es la ventana, la apertura de la existencia, del mismo cuerpo. El cuerpo humano no es un mero cuerpo animal sino el cuerpo de alguien abierto al infinito. El alma no es un añadido al cuerpo animal sino la base formal del cuerpo humano. De ahí la enorme dignidad del cuerpo humano y su posibilidad de albergar, como templo, a Dios Espíritu Santo.

④ **[SILENCIO SOBRE EL ALMA]** Durante la segunda mitad del siglo XX, tres factores colaboran a silenciar la realidad del alma: *Un **elemento externo a la fe**, la ciencia positiva: las funciones que tradicionalmente se atribuían al alma, ahora se verifica que tienen sede en el cerebro; hasta se elabora un “mapa” de esas funciones. En los sectores más mecanicistas, el cerebro es asimilado al ordenador, y este, en consecuencia, se concibe como un cerebro en germen; si no hay diferencia esencial entre animal y humano, tampoco existe entre el robot y el humano¹. *Un **moderno “dogma” exegetico**. Lutero había excluido de la fe todo lo que no estuviera

¹ Un ensayo lúcido y fundamentado: VICTOR GÓMEZ PIN, *Entre lobos y autómatas. La causa del hombre*, Madrid 2006. También: DIEGO MARTÍNEZ CARO, *El yo y la máquina. Cerebro, mente e inteligencia artificial*, Madrid 2012. LEOPOLDO PRIETO LÓPEZ, *El hombre y el animal. Nuevas fronteras de antropología*, Madrid 2008. Un clásico: KARL R. POPPER Y JOHN C. ECCLES, *El yo y su cerebro*, Barcelona 1980. JOHN C. ECCLES y HANS ZEIER, *El cerebro y la mente*. Recomiendo los artículos publicados en la revista internacional COMMUNIO (III/87), *Alma y cerebro*.

atestiguado explícitamente en la Escritura. Nace un dogma “científico”: hablar del alma es salir de la terminología bíblica para aceptar una mentalidad helenista ajena a la Sagrada Escritura. *El **encarnacionismo**, recuperado —y a veces exagerado— tras el Concilio Vaticano II, que, a pesar de las advertencias de los documentos conciliares y otros posteriores (GS 39,2; EN 31ss), ha aproximado más de la cuenta el progreso humano y el Reino de Dios.

⑤ [PERO ES IMPRESCINDIBLE] Mas si el hombre se reduce a su corporeidad externa, las taras o enfermedades se convierten en deficiencias definitivas *de la persona como tal*: intrínsecas, radicales. Decir *yo soy mi cuerpo* en su estado actual, sin más matizaciones, no deja de ser sorprendente. El enfermo de obesidad mórbida, el tetrapléjico, el deforme..., ¿dirán con convicción que *son* su cuerpo?² No se entenderán entonces muchas nobles palabras que han dado sentido a la vida; recuérdense los últimos versos del conocido poema de Quevedo: *Su cuerpo dejará no su cuidado/ Serán ceniza, mas tendrá sentido/ Polvo serán, mas polvo enamorado*. Hablar del alma es imprescindible para defender la dignidad única del ser humano, dignidad que va más allá de la muerte y que supera los pactos y modas de época. Finalmente, y desde el punto de vista del dogma cristiano, **¿se puede hablar de resurrección sin afirmar la inmortalidad del alma?** Caso de darse una muerte **total**, ¿qué sería la resurrección sino la aparición de una nueva criatura sin continuidad con la persona que murió? La resurrección como clonación de algo impersonal y sin historia asimilada. Sin la supervivencia del alma, la vida eterna no tendría nada que ver con la historia aquí vivida, con esa libertad que, ejercitada, distancia la mera corporeidad de su cerco natural de necesidades y condicionamientos. La **verdad** de la resurrección hace necesaria la afirmación de lo que llamamos alma inmortal.

b. [DESTRUCCIÓN DEL SUJETO]

² Una reflexión llena de ironía, ternura y dolor: Vicente García-Bueno, *Testimonio*. «... A Doña Juana Mucha, montón de carne, mujer gorda por arrobas», *Communio* (Noviembre-diciembre 1980, VI/80), 619 y ss. En el mismo número, artículos teológicos muy interesantes de F. LAGE, A. HORTELANO, JEAN-GUY PAGÉ, R. BRAGUE, M. SALES, F. GARCÍA, y otro testimonio, de GUY AURENCHÉ (*Cuerpos torturados... cuerpos resucitados*).

La reducción actual del ser humano a cuerpo fenoménico tiene que ver con motivos que añadir a los ya enumerados: reacción contra el espiritualismo moralista, ilusión por el *ciborg*, desprestigio de la filosofía y concepción insuficiente del alma, recuperación de la resurrección de los cuerpos como dogma central del cristianismo, personalismo de la posguerra... El proceso se transparenta en la evolución de la psicología. En principio, esta moderna disciplina intentó captar el interior del sujeto, la subjetividad como tal. Tanto es así que se pretendió descubrir el mundo subconsciente y oculto, las oscuridades tenebrosas de lo más hondo del hombre (Freud y el psicoanálisis). Luego, con el deseo de la legitimación científica necesitada de verificación, el behaviorismo, conductismo, constructivismo terminan por reducir el hombre a su conducta. A esto colabora el neopelagianismo o justicialismo pastoral extendido tras el Concilio (¡muy en contra de su doctrina!). Por desgracia, no queda aquí el asunto: reducido el hombre a conducta, o sea, *des-almado*, la sociología absorbe a esta psicología y la conducta se entiende como reflejo de la sociedad o cultura ambiente; la sociología es ahora la ciencia del hombre. ¿Dónde queda el sujeto? Los estructuralistas franceses hablan de su inexistencia (Foucault, Althusser). ¿Veinticinco siglos de cultura y cuatro mil años de historia con Dios tirados por la borda?

① **[LA ADICCIÓN SENSORIAL]** El resultado es un hombre volcado a lo exterior, y a lo exterior inmediato, momentáneo, efímero; con una interioridad o intimidad muy devaluada. Los sentidos, antes atravesados por la luz y ahora puros sentidos sin alma, quedan atrapados por el objeto que, si es gratificante, empuja a la concupiscencia o adicción sensorial. Es la autonomización del deseo con relación a la libertad. Permitid una pequeña narración para intuir la trascendencia de lo afirmado:

LA MANO Y EL FRUTO

Adán y Eva vivían su infancia agraciada en el paraíso. Todo amanecer era un despertar de la alegría de vivir y de la gratitud por la vida. Amanecían rodeados de un amor simbolizado en regalos: el paisaje más hermoso, los frutos más apetitosos. Adán y Eva se dirigían a esos frutos, pero sus sentidos, traspasados

por la luz, percibían el fruto ofrecido por la Mano del Creador y dador del mismo. Eran frutos-sacramentos del amor y de la Presencia. Casi una comunión con Dios. Sus sentidos estaban iluminados desde dentro y captaban en las cosas las huellas de la Persona divina y de su amor: todo era un regalo lleno de significado. Como el enamorado que recibe el anillo de compromiso y ve mucho más allá de la calidad y precio de la joya. De modo que el deseo de Eva y Adán se dirigía primeramente a agradecer, besando la mano que les daba el regalo, y posteriormente a comer el apetitoso fruto en acción de gracias. De esta manera la pasión por el fruto era moderada por la gratitud y no se apoderaba de ellos. Entre el fruto y el deseo, la Mano, la presencia. El día que rechazaron a Dios, madrugaron hambrientos, vieron los frutos, pero ya no estaba la Mano; o mejor, no la veían. Por primera vez los frutos desnudos se impusieron a su mirada como si fueran tesoros en sí mismos, y ahora se apoderaron de su voluntad, la hipnotizaron; el hambre pasó a ser ansia de consumir lo mejor, de perderse en sabores nuevos. Perderse. Adán y Eva perdieron su libertad y el hambre, las hambres, se hicieron autónomas, se separaron de la totalidad de la persona. Ahí empezaron las gulas, las obesidades, los excesos, las anorexias y bulimias, y toda suerte de esclavitudes en el comer y en el vivir.

② **[PÉRDIDA DEL SENTIDO DE LO REAL]** Perdida en la desnuda sensorialidad y presa de la concupiscencia aditiva, la persona tiende a confundirse con los *estados de ánimo* o sensaciones globales de bienestar o malestar; no se discierne el porqué de los mismos, su valor positivo o negativo. Un ejemplo indicativo: es cada vez más frecuente en la confesión oír “*no me siento bien*”, con la descripción de esa sensación, pero sin confesar las acciones y sin discernir ese no encontrarse. Las acciones son irrelevantes. Se multiplican las terapias y los terapeutas, así como los productos químicos para conseguir “paz”... sin examinar los actos libres que originan esos estados de ánimo. Debido a ese encerrarse en los estados de ánimo irracionales, de los sentimientos se desciende a las emociones más o menos ciegas, determinantes, aplastantes de la libertad. Buscar la comodidad, la llamada “calidad de vida”, es ahora el objetivo principal de muchos. ¿Cómo proponerles aquel *déjalo todo y sígueme* que es la cara visible de la fe? Por otro lado, este apego a lo efímero trae consigo la pérdida del sentido de lo real, tan trabajosamente adquirido desde que se tomó conciencia del ser. La mascota se confunde con un miembro de la familia y se dirige al perro el amor que debió engendrar un hijo. Los nuevos

instrumentos tecnológicos pueden colaborar a ello: la consola, la tableta, el ordenador crean realidades virtuales fácilmente manejables a gusto del manipulador, tan manejables como el perro, pero sin necesidad de cuidados y alimentación. Se vive en un mundo de imágenes ficticias. Un ejemplo que me impresiona: las visitas a monumentos, sobre todo religiosos; el visitante pegado a la máquina fotográfica o al móvil que la sustituye, sin observar, sin contemplar, sin dejar que aquello que ve entre en él, pues es real. Se trata solamente de atrapar el momento, de apoderarse del instante, pero sin dejarse empapar por él, sin permitir que el instante llegue a formar parte de esa persona para siempre. El hombre des-almado pierde el sentido de su propia realidad, de su hondísima dignidad.

2. El hombre difuso

a. [PRODUCTO ANTROPOLÓGICO DEL RELATIVISMO]

Podríamos decir “el hombre confuso”, “el hombre difuminado”, “el hombre sin sentido del límite”, “el hombre provisional”, “evanescente”, etc. Es el producto del relativismo, tema sobre el que Joseph Ratzinger, cardenal, y el mismo Ratzinger, ya Benedicto XVI, ha hablado de un modo reiterado, constante, en conferencias, alocuciones, documentos de todo tipo. Lo considera el problema más grave para la fe en nuestro tiempo. Y, lejos de ver en él un camino para la convivencia pacífica, lo califica de “nuevo rostro de la intolerancia”. Llega a expresar su rechazo calificándolo de dictadura, la *dictadura del relativismo*. Copio un par de textos suyos muy expresivos: *El relativismo se ha convertido así en el problema central de la fe en la hora actual. Sin duda, ya no se presenta tan sólo con su vestido de resignación ante la inmensidad de la verdad, sino también como una posición definida positivamente por los conceptos de tolerancia, conocimiento dialógico y libertad, conceptos que quedarían*

*limitados si se afirmara la existencia de una verdad válida para todos. A su vez, el relativismo aparece como fundamentación filosófica de la democracia. Ésta, en efecto, se edificaría sobre la base de que nadie puede tener la pretensión de conocer la vía verdadera, y se nutriría del hecho de que todos los caminos se reconocen mutuamente como fragmentos del esfuerzo hacia lo mejor; por eso, buscan en diálogo algo común y compiten también sobre conocimientos que no pueden hacerse compatibles en una forma común. Un sistema de libertad debería ser, en esencia, un sistema de posiciones que se relacionan entre sí como relativas, dependientes, además, de situaciones históricas abiertas a nuevos desarrollos. Una sociedad liberal sería, pues, una sociedad relativista; sólo con esta condición podría permanecer libre y abierta al futuro³. Es importante, en este discurso, la referencia a la llamada “teoría pluralista de las religiones” y a su incidencia en cristología. Añado otro texto por la importancia y solemnidad del momento, pues pertenece a la homilía que pronunció en la Misa “pro eligendo pontifice”, el 18 de abril de 2005: *A quien tiene una fe clara, según el Credo de la Iglesia, a menudo se le aplica la etiqueta de fundamentalismo. Mientras que el relativismo, es decir, dejarse «llevar a la deriva por cualquier viento de doctrina», parece ser la única actitud adecuada en los tiempos actuales. Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida sólo el propio yo y sus antojos.**

① **[LA CAIDA DE LA VERDAD]** ¿Es tan grave el problema o quizá un intelectual como Ratzinger le da una importancia excesiva por su “oficio” de profesor y su amor al saber teórico? Retomo nuestro discurso, cuyo comienzo era el casi simultáneo descubrimiento del ser, de la conciencia y el alma inmortal. Deteriorado este descubrimiento, el hombre se identifica con su cuerpo fenoménico actual, queda encerrado en él; la conciencia se convierte en simple conciencia psicológica, y el alma... ¿Qué puede quedar del amor a la verdad y de la verdad misma? El llamado *postmodernismo*⁴ (Gianni Vattimo⁵, Jean-François Lyotard⁶, Gilles

³ Conferencia del Cardenal Ratzinger en el encuentro de presidentes de comisiones episcopales de América Latina para la doctrina de la fe, celebrada en Guadalajara, Jalisco, México en mayo de 1996.

⁴ De gran interés a este respecto los artículos de WALTER KASPER, CARLOS DÍAZ, PAUL POUPARD y otros en COMMUNIO, Revista Internacional (II/90).

Lipovetsky⁷) es la crítica ilustrada de la Ilustración, y supone la renuncia a las grandes y definitivas verdades, o sea, a la afirmación fuerte de lo real, del ser. Es la filosofía base de la tolerancia tal como la entiende esta cultura. Y es que ya no hay ser; por eso no hay filósofos. Todo es un acontecer sin sentido. Ya no hay conciencia, sino opinión. Ya no hay alma ni apertura a la eternidad. Todo es pasajero, efímero. La moral se identifica con la higiene. Entre los jóvenes se extendió una frase para dar a entender que no había por qué discutir cuando no se estaba de acuerdo: *Tú mismo*; o sea, allá tú con tu opinión, es cosa tuya.

② **[LA CONFUSIÓN DE LENGUAS]** Quizá sea el lenguaje la dimensión vital más negativamente afectada, hasta el punto de quedar desarmado para transmitir la verdad. Hoy, nuestro lenguaje creyente nada sobre el magma fluido de un infralenguaje nominalista, equívoco, ambiguo. Vaciados los contenidos, eliminada la relación palabra-verdad, las palabras se sobrecargan de emociones y llegan a no significar más que eso, emociones. El neopositivismo lingüístico (Wittgenstein) separa el lenguaje de la realidad en sí y lo relaciona con la lógica, los “juegos de lenguaje”, el consenso. El lenguaje religioso deja de ser significativo, pues carece de objetividad. Es un metalenguaje más cercano a la poesía y a la metáfora. Crece la dificultad para abstraer, para entender términos abstractos, para comprender la lectura. A estas posturas filosóficas, más o menos cercanas al empirismo o pragmatismo, se unen factores de otro tipo. En concreto quiero destacar uno: el predominio del lenguaje gestual o visual que viene del triunfo del cine, deja también en segundo término ese otro lenguaje lógico que construyó la escritura. Mirad la catequesis: los montajes visuales se introdujeron como apoyo a la palabra, pero en ocasiones la han sustituido con la pretensión de suscitar emociones y creatividad; la verbalización de la fe ha sufrido mucho... y con ella la fe misma. Por otro lado, el comercio y la industria, ahora más basados en la oferta que en la demanda, han de crear artificialmente demanda y aparece la propaganda: imagen engañosa más eslogan simplificado. Finalmente, la propaganda se

⁵ Como en los dos autores siguientes, cito algunos títulos para hacer ver la expresividad de los mismos, propia de ensayistas brillantes: *Creer que se cree*; *El fin de la modernidad...*; *En torno a la posmodernidad*; *El pensamiento débil*; *Adiós a la verdad*.

⁶ Exponente de su posición, *La condición posmoderna: informe sobre el saber*, Barcelona 2009.

⁷ Cf. En este autor aún se percibe con más intensidad esa brillantez del ensayista fácilmente legible: *La era del vacío: ensayo sobre el individualismo contemporáneo*, Barcelona 2003. *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*, Barcelona 2005.

adueña del discurso de los hombres públicos y la política se convierte en el lugar privilegiado de corrupción del lenguaje. El desarme lingüístico ha llegado a la confesión de fe. Entre el babel de opiniones teológicas, a veces inmaduras y deficientes, cuando no contrarias a la confesión de fe, la superficialidad de cursillos de formación, el abuso de audiovisuales en las catequesis para evitar la explicación llana..., el cristiano ha sido desarmado, no termina de saber en quién cree, qué cree y qué significa lo que cree⁸.

b. [GLOBALIZACIÓN Y PLURALISMO]

Si la confusión está servida, aún se complica más por el pluralismo cultural y religioso que ha producido la vertiginosa caída de fronteras físicas, económicas e ideológicas. Estamos inmersos en un sincretismo de productos (¡cocinas!) ideas, costumbres. Las sectas, corrientes, tendencias, derivadas o integrantes de Nueva Era⁹, de alguna manera, son en la actualidad el equivalente de los grupos gnósticos de los primeros siglos. Un orientalismo degradado se enmascara con frases cristianas casi siempre de San Juan de la Cruz. La formación académica ha avanzado en el terreno

⁸ El nominalismo es novelado por un famoso semiólogo italiano, UMBERTO ECO, *El nombre de la rosa*, la novela del empirismo inglés (Guillermo) contra el racionalismo escolástico (Jorge) que, sin embargo, termina con el fracaso de ambos caminos, la destrucción de la biblioteca, el escepticismo del anciano monje, antaño admirador de su maestro. Casi al final de la novela, el maestro Guillermo le dirige a Adso estas palabras: “*Huye, Adso, de los profetas y de los que están dispuestos a morir por la verdad, porque suelen provocar también la muerte de muchos otros, a menudo antes que la propia, y a veces en lugar de la propia. Jorge ha realizado una obra diabólica, porque era tal la lujuria con la que amaba su verdad, que se atrevió a todo con tal de destruir la mentira. Tenía miedo del segundo libro de Aristóteles, porque tal vez éste enseñase realmente a deformar el rostro de toda verdad, para que no nos convirtiésemos en esclavos de nuestros fantasmas. Quizá la tarea del que ama a los hombres consista en lograr que éstos se rían de la verdad, lograr que la verdad ría, porque la única verdad consiste en aprender a liberarnos de la insana pasión por la verdad*”. Y Adso, ya anciano y perdido en la duda, termina con estas otras: “*Hace frío en el scriptorium, me duele el pulgar. Dejo este texto, no sé para quién, este texto, que ya no sé de qué habla: stat rosa pristina nomine, nomina nuda tenemus* (de la rosa, de las cosas, solo nos queda el nombre vacío). ¿Cabe expresar mejor el relativismo desde la semiología aunque sea novelada?

Si seguimos ayudándonos de la imaginación de los literatos, percibo una imagen sugerente del hombre resultante de ese vaciamiento del lenguaje (nominalismo) en un cuento de BORGES, *Funes el memorioso* (Madrid, 2001, p. 79 y ss.). Debido a un accidente, Funes, desde su cuerpo paralizado y su cerebro alterado, memoriza solamente individuos y es incapaz de abstraer. Dice el autor: *Éste (Funes), no lo olvidemos, era casi incapaz de ideas generales, platónicas. No sólo le costaba comprender que el símbolo genérico “perro” abarcara tantos individuos dispares de diferentes tamaños y diversa forma; le molestaba que el perro de las tres y catorce (visto de perfil) tuviera el mismo nombre que el perro de las tres y cuarto (visto de frente)...* p.84. Perdido en detalles, hechos aislados, saberes inconexos, el hombre actual puede terminar paralizado y preso de una memoria incapaz de relacionar, o sea, de saber.

⁹ Cf. JOSEF SUDBRACK, *La nueva religiosidad. Un desafío para los cristianos*, Madrid 1990. MICHEL ANGLARÈS, *Nueva Era y fe cristiana*, Madrid 1992. Un documento muy completo con apéndice que contiene un glosario muy útil para conocer la terminología, en CONSEJO PONTIFICIO DE LA CULTURA. CONSEJO PONTIFICIO PARA EL DIALOGO INTERRELIGIOSO: *Jesucristo portador del agua de la vida. Una reflexión cristiana sobre la “Nueva Era”* (3-2-2003).

tecnológico (mejores técnicos que nunca), pero a costa de la formación humanística. El cristiano burgués, detenido en la catequesis infantil y “alimentado” por novelas “históricas” que deforman todo, por libros de “espiritualidad” y de autoayuda, única fuente de ingresos para las editoriales “cristianas” en quiebra, busca ante todo su “paz” y se autocontempla narcisísticamente. La fe como adhesión incondicional al Señor se hace muy difícil: a veces la idea sobre el Jesús llamado histórico está pervertida por falsas investigaciones y deformaciones; la llamada al seguimiento, a la lucha, a la renuncia, ¿qué sentido pueden tener para esta burguesía inculta y acomodada?

① **[CRISTO RELATIVIZADO]** El relativismo, como ha señalado tantas veces Ratzinger, ha entrado de lleno en la cristología, en la confesión de fe acerca de Jesucristo¹⁰. ¿Cómo mantener afirmaciones tan serias y definitivas como que es el único salvador, que es el Hijo de Dios, que es persona de la Trinidad? Se rompe la unidad entre jesusología (investigación de la historia humana del Señor) y cristología (análisis de lo que la fe descubre en esa historia). Jesucristo se rompe en un “jesús” al margen de la fe, y en un “cristo” al margen de la historia. Dos perfiles antagónicos que terminan por destruir en las conciencias al único Jesucristo. Y una vez relativizado o destruido, ¿cómo no caer en la relatividad de su oferta salvífica? Cristo, se concluye, es uno de esos hombres orientadores de la humanidad, en su momento y en su lugar; del mismo modo que otros lo han hecho en distintas culturas, tiempos y espacios. Buda, Mahoma, Jesús... ¡nombres! De nuevo Umberto Eco: *stat rosa pristina nomine, nomina nuda tenemus* (de la rosa, de las cosas, solo nos queda el nombre vacío). Cabe la admiración, la imitación en aquello que sigue siendo actual y que me ataño, pero nada más. Teólogos de renombre han trabajado esa teoría pluralista de las religiones, donde la identidad de lo cristiano se diluye en un amplio espectro de ofertas de sentido, donde uno puede escoger la adecuada para sí, como en el supermercado.

C. [DE LA DUDA A LA CONFUSIÓN]

¹⁰ Como muestra, entre sus múltiples publicaciones sobre el tema, cf. JOSEPH RATZINGER, *Fe, verdad y tolerancia. El cristianismo y las religiones del mundo*, Salamanca 2006.

Cuando se escucha a personas que dicen estar llenas de dudas, es preciso discernir si realmente se trata de dudas o de confusión. La duda es el interrogante preciso sobre una idea también precisa. La confusión es la incapacidad para concretar la duda y presentar la pregunta precisa. La confusión mental llega al oscurecimiento de la propia identidad personal. Una identidad dada que debe ser asumida y desarrollada desde la libertad. Pero falla en las mismas raíces corporales: ¿soy varón o mujer como mi cuerpo revela, o mi cuerpo es falsificación de mi ser sexuado? Mala es la afirmación voluntarista y fanática de la condición sexual, pero no menos perniciosa es la confusión que deja indefenso al sujeto frente a sus crisis de crecimiento o a sus desengaños y fracasos amorosos. En el fondo es un rechazo de la corporeidad: este no es mi cuerpo, no es el cuerpo que corresponde a mi psicología. Confusión que impide una realización pacífica, que empuja a experimentos frustrantes, que aumenta la caída en la pura sensorialidad, en la prisión del estado de ánimo, del “me apetece” o “me parece”. Y, sobre todo, que entrega al sujeto a círculos de reivindicación que en el fondo son *lobbys* poderosos que atrapan y no sueltan, como las sectas.

① **[DISOLUCIÓN DE LA IDENTIDAD CRISTIANA SIN PERDER LA PERTENENCIA]** Lo más contradictorio es que ese hombre *in-definido*, sin sentido de lo real, sin estructura mental, sin identidad profunda, en los países occidentales, sigue siendo “cristiano”, o sea, sigue recibiendo los sacramentos, el bautismo, el matrimonio... La caída del régimen de cristiandad genera una gran dificultad para la evangelización: la predicación les suena a tópico, a algo *déjà vu*, no es novedosa, impactante; al menos de momento. Reciben la catequesis sacramental porque es obligada, asienten; pero para ellos significa otra cosa, dados sus presupuestos mentales. Es una carga, a veces, insoportable para el sacerdote. Entre la caridad y la verdad, este se siente aplastado en algunos momentos. Si acoge con afecto, como corresponde, abusan e introducen en las celebraciones cantos, poemas... que nada tienen que ver con la Eucaristía o con el sacramento de que se trata. El sacerdote tiene la sensación, a veces, de que el Señor del Reino le ha encargado de controlar la entrada... para luego ver como el mismo Señor “cuela” por la ventana a los que no pueden pasar legítimamente. Uno desearía, en ocasiones, que la apostasía fuera masiva, pública e inmediata, para así

poder dirigirse a no cristianos y proclamar el mensaje sin más. Pero no es posible, ni deseable, ni voluntad de Dios.

3. El hombre extenuado

a. [ABANDONO DE LA ESPERA ESCATOLÓGICA]

Con el término “extenuado” quiero definir al hombre que ha perdido el sentido de la espera por agotamiento, por cansancio ante una tarea que para él resulta imposible: instalado, pero por desfallecimiento; atrapado por un presente que se sabe efímero y detestable, pero imposible de romper. En cristiano esto se traduce por abandono de la espera de la Venida en gloria del Señor. El hombre que ya no aguarda la suprema novedad de la historia, que ha apagado las lámparas y ha cerrado las ventanas. Ha renunciado al verdadero futuro, a la novedad que no venía incubada en el comienzo; acepta evolucionar (¡qué remedio!) pero no morir y nacer. Sólo intenta alargar el presente, descargándose del pasado y tratando de impedir los imprevistos. Por contraste, el eje de la fe cristiana es la espera del Señor en gloria. Ese es el centro de la fe neotestamentaria. Sin escatología no hay cristianismo. El centro de la fe no es aceptación de los llamados “valores cristianos”, ni la admiración al Señor como el mejor de los humanos, ni siquiera la resurrección aislada en sí misma. Es la resurrección del Señor **como hecho escatológico**, como última y definitiva intervención divina que finaliza la historia. El *maranatta* fue la aclamación más expresiva de la fe de la comunidad primitiva. Me parece interesante meditar las siguientes palabras de Walter Kasper: *Para Jesús y la comunidad primitiva esto nuevo se encuentra inmediatamente cerca y próximo, está al llegar. La espera cercana hace que todo lo demás se olvide y que se renuncie a todo. Inspira y da alas a un entusiasmo apenas irrepresentable para nosotros. A Pablo le imbuye un celo misionero que le hace galopar, literalmente, por todo el*

mundo conocido de entonces. Sin embargo, ya en la segunda generación se puede constatar una mitigación de la tensión escatológica. Cada vez más la Iglesia ha dejado en manos de los fanáticos el entusiasmo escatológico. Por el contrario, ella misma se ha erigido en el mundo, más aún, se ha convertido en un poder establecido y en una dimensión conservadora (...) La escatología se convirtió en un tratado, el de las “postrimerías”, bastante mezquino y escaso, situado al final de nuestras dogmáticas y dotado de una existencia bien precaria. La dinámica escatológica, cada vez más reprimida en la dogmática oficial, emigró además desde los movimientos entusiastas fanáticos hacia el pensamiento secular. Las ideologías y utopías de futuro de nuestra época no son en el fondo otra cosa que secularizaciones de la esperanza bíblica en la venida de un hombre nuevo y un mundo nuevo.¹¹

① **[EL DESLIZAMIENTO AL REINO DEL HOMBRE]** ¿De qué manera se ha deteriorado la espera? En principio hay que decir que, radicalmente, no ha sido obra de los enemigos, del exterior de la Iglesia. La Iglesia hubo de hacerse cargo de la sociedad cuando fue reconocida por un Imperio moribundo y el pueblo se bautizó en masa. A la vez que un necesario paso de responsabilidad y de caridad, fue una instalación en el mundo: el *Regnum Christi*, la *societas christiana*. Es cierto que el Señor no permitió una instalación completa y sin remisión. En cada época suscitó movimientos eclesiales que rompían con aquel cristianismo parcialmente mistificado y recuperaban la espera: monjes, frailes, clérigos regulares... La cosificación del alma y la inflación exagerada del purgatorio, dejaron la resurrección corporal y la Parusía como en un segundo término, tapado por el juicio inmediato a la muerte y la retribución del alma separada: *salvar almas* era la expresión preferida y normal. Quizá este espiritualismo y el vacío dejado, permitieron un deslizamiento de la esperanza hacia lo mundano. Seguramente, el momento crítico del deslizamiento hacia el *reino del hombre* acontece en el siglo XIV, el siglo de la ruptura de aquella unidad cristiana lograda en la Alta Edad Media¹². El sufrimiento y el terror producidos por la peste de 1348 constituyen un golpe a la esperanza teológica: ¿dónde está Dios? El franciscanismo radical de Ockam o de Marsilio abre puertas a una nueva

¹¹ W. KASPER, *Introducción a la fe*, Salamanca, 2012, p. 181 y siguientes.

¹² J. HUIZINGA, *El otoño de la Edad Media*, Madrid 1982.

filosofía que “descubre” lo natural al margen de la historia de la salvación. En cierta manera, se puede afirmar que el hombre dejó de creer porque antes dejó de esperar.¹³ Las cuatro grandes revoluciones burguesas (protestantismo, revoluciones francesa y norteamericana, marxismo y revolución mundial de la juventud-sexualidad) son la laicización de la escatología cristiana, su reducción a la consecución de un pretendido mundo feliz por el esfuerzo humano¹⁴.

② **[LA ESPERA ES IMPRESCINDIBLE PARA LA FE]** La fe cristiana no es idéntica a la abrahámica; no es mera espera de un futuro prometido, sino confesión de que ese futuro ya ha sucedido, aunque aún no se haya manifestado plenamente. Es fe-confesión en la intervención directa, personal y corporal de Dios-Verbo en la historia humana; intervención que culmina en la pasión y resurrección. La fe de Pedro no se quedó en el seguimiento por Galilea culminado en la confesión de Cesarea. Lo impidió el mismo Jesús al indicarle, hasta con enojo, que aquella fe era deficiente, pues no incluía el misterio de la Pasión, Jerusalén. El Evangelio de Juan nos da a conocer la fe de un grupo cristiano cercano a Jerusalén que, liderado por el Discípulo Amado, comprende la señoría de Jesús en el mismo sepulcro y le contempla como rey, sacerdote e hijo en la misma cruz. La resurrección es anticipación escatológica, como aparece en la conversación con Marta ante la tumba de Lázaro: no sólo resucitarán, resucitan. Forzando un poco las palabras y con un tono más simbólico que real, se podría hablar de una fe “galilea”, basada en la potencia liberadora del Señor, que culmina con la confesión de Pedro y la multiplicación del pan; y una fe plenificada en Jerusalén, más centrada en la persona del Señor que en su fuerza, mucho más contemplativa y afectiva, que aguanta presente ante el Calvario y que reconoce al Crucificado como Señor en la misma cruz¹⁵. El cristiano ya participa en la muerte y resurrección del Señor por medio del bautismo y de la eucaristía. Ya vive en Cristo *como si* todo estuviera consumado. Sin esta modificación del tiempo, de la espera, del futuro, es incomprensible el

¹³ Es la tesis que sostiene Jean-Yves LACOSTE en *Le désir et l'inexigible: pour lire Henri de Lubac*, en *Le monde et l'absence d'oeuvre*, (PUF, Paris 2000, p.54): “Il n'est pas insensé de dire que Dieu «mourut» parce que les hommes cessèrent de vraiment espérer, avant de «mourir» parce que les hommes cessèrent de vraiment croire en lui”.

¹⁴ HENRI DE LUBAC, *La posteridad espiritual de Joaquín de Fiore*.

¹⁵ No se trata de dos formas de la fe o de dos opciones posibles, como denuncia Benedicto XVI haciendo referencia a algunos que tratan de instalarse en el periodo galileo como el original y auténtico.

cristianismo. El cristiano no mira al “cielo”, sino al Señor que viene y que es el cielo. Es lógico que, cuando se deteriora esta dimensión de la fe, la libertad que la sociedad cristiana burguesa ha ido adquiriendo (regalo de la vida en Cristo), derive hacia un idealismo, hacia un deseo de crear el cielo en la tierra mediante la ciencia, la educación, la revolución política, etc.

b. [FRENO A LA EXALTACIÓN HISTÉRICA]

La pérdida de calidad escatológica no sólo deriva de la instalación mundana de la Iglesia. El silencio sobre la espera también ha tenido que ver con la necesidad de poner distancia con los movimientos milenaristas, apocalípticos, tantas veces reeditados a lo largo de los siglos, que han conducido a la destrucción a tantas personas. La imaginación y la desesperación, manipuladas por demagogos y falsos mesías, conducen a aberraciones, a veces autodestructivas, a veces destructivas de la sociedad. Lo advirtió el Señor: *Cuidado con dejarse extraviar, porque van a llegar muchos diciendo en nombre mío “Yo soy” y “El momento está cerca”; no os vayáis tras ellos. Cuando oigáis estruendo de batallas y subversiones, no tengáis pánico, porque eso tiene que suceder primero, pero el fin no será inmediato (Lc 21,8-9)*. La Iglesia ha tenido que frenar estas tendencias por defensa de los mismos fieles. Ya la Carta Segunda de Pedro o la Segunda a los Tesalonicenses corrigen las distorsiones que aquella espera inmediata produjo en ciertos espíritus. Pero esto ha supuesto un silencio y un olvido. La escatología, como espera del encuentro del alma con Dios en la muerte, no es, sin más, la escatología cristiana.

① [**¿REGRESIÓN AL TIEMPO CÍCLICO?**] La fe escatológica lleva consigo una alteración de la vivencia del tiempo. Ya no se percibe como círculo (eterno retorno), ni como flecha (historia), sino como final, como término y recapitulación. Se vive en el último día, en el Señor. Es una alteración fortísima de la conciencia. Pero, ¿es esto compatible con una instalación en el tiempo actual? Se dice que hemos de ser modernos, de vivir nuestro tiempo, de no quedar anclados en el pasado. Teniendo todo esto algo de verdad, ¿percibimos la posible traición a la fe escatológica que conlleva el hacernos contemporáneos de nuestra época antes que de Cristo que viene?

¿No es perder el tiempo escatológico para quedar atrapados por el tiempo cíclico sin novedad y sin libertad?

② *[CONCLUSIÓN]* Frente a esta situación, la transmisión de la fe en estos momentos de la historia es inseparable de la recuperación de la dimensión escatológica. Esa ilusión por la venida de Jesús, esa seguridad y certeza de vivir en los tiempos últimos conlleva dos líneas interrelacionadas: la urgencia de la misión y el estilo de vida *como si ya*; ambas inseparables. Nuestra descripción ha pretendido mostrar que el hombre actual, el mismo cristiano, está muy cerrado a la escatología; en la medida que ocurra, la fe se tornará difícil.

B. PERO DIOS NO HA SIDO DERROTADO

Si la fe no es una mera creencia sino la afirmación más honda, seria, total, sobre lo real y su sentido, ¿cómo abrirse a la fe si se pierde o se deteriora el sentido de lo real, la apertura al infinito, la hondura de la conciencia? Si el “alma” está “tapiada”, ¿cómo entrará la luz? Llegados aquí podríamos sacar la impresión de que transmitir hoy la fe es imposible por falta de sujeto receptor. Algunos, incluso creyentes, empiezan a pensar que Dios ha perdido la partida. Pero, aparte de haber advertido al principio que sólo iba a fijarme en la dificultad y que no todos están en la tesitura que describo, conviene elevar la mirada y abrir la perspectiva antropológica, no sea que caigamos en la misma reducción que esta corriente cultural: encerrar al hombre en un bunker seudohumano por expulsión de lo divino. Nos tenemos que preguntar muy en serio: ¿está Dios *fuera* de esta situación del hombre de hoy? ¿Ha fracasado la Encarnación? En el pasaje del joven rico, Jesús pronuncia unas palabras que desconciertan a los suyos: *Más fácil le es a un camello entrar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el Reino de Dios*. Ante estas palabras, los apóstoles se escandalizan: *Entonces, ¿quién puede salvarse?* Jesús les da una respuesta que relativiza su misma sentencia al remitirse al Padre: *Lo que para los hombres es imposible, para Dios es posible* (Mc 10,27). Viene a decir: yo os he advertido de hacia dónde conducen lógicamente las riquezas, pero Dios sigue teniendo la última palabra. Conviene abrir la visión antropológica a la necesaria presencia de Dios revelada en la Encarnación del Verbo. Si Dios está interviniendo en todos los acontecimientos, orientando esa misma libertad que crea y respeta, ¿cómo estará presente ante este sujeto aparentemente cerrado a la fe y a la gracia? ¿No habrá algo que se nos escapa? ¿No tendremos la obligación de discernir también en este caso los “signos de los tiempos” para ver si late algún mensaje que nos acerque a la voluntad de Dios?

a. [UN SIGLO MUY ESPECIAL]

Con tan pequeña perspectiva histórica es difícil que nos hagamos una idea real del cambio que ha supuesto el siglo XX, de la ruptura con el pasado que en él se ha producido. Un ingenuo “progresista” llamaría “avances”, sin más, a estos cambios. De momento, sin negar los enormes avances, me limito a decir “cambios”. Ruptura de la historia, de las tradiciones, pero ruptura no menos profunda con la naturaleza, con lo que llamábamos “sentido común”¹⁶. La ciencia nos separa de la sabiduría tradicional adquirida por observación; el arte rompe con la naturaleza. Freud, Plank, Picasso, los esposos Curie, Braque, Klimt, Ducamp, y un largo etcétera de genios que han revolucionado la vida, las costumbres, la sanidad, las comunicaciones. Cuando los mayores vienen a pedir consejo ante las costumbres de sus hijos, suelen disculparse diciendo que ellos ya no son de esta época. El pasado ha quedado desautorizado y censurado.

① **[SIGLO DE TRANSGRESIÓN]** Comenzó con un salto hacia delante preparado por los siglos anteriores. La ciencia y la técnica, la psicología y la sociología, el arte, en todos los ámbitos de la vida, explotaron la libertad creadora de un modo descontrolado y, en cierto sentido, hermoso. Es el momento de la gran transgresión; genios transgresores del orden social y del orden natural que reivindican una libertad sin fronteras. Viena, París, van dando paso a Nueva York. El cine difunde la nueva mentalidad a la vez que la crea. Luego, apenas unos años después, estalla la Primera Gran Guerra. Violencia que dará paso a grandes problemas sociales y que aprovecharán las ideologías. Marxismo y Nazismo invaden las conciencias... y las calles. Pretenden un mundo sin Dios, un mundo utópico. Y, de nuevo, la guerra y las guerras. Quieren un orden mundial nuevo, sin prejuicios éticos: control de la población, libertades encerradas en el orden impuesto. Pero, ¿se puede decir retrospectivamente que Dios estuvo ausente en ese proceso? Mártires y santos, misericordia, nueva teología y comprensión del misterio, Concilio Vaticano II. ¿Trabajó Dios en vano?

¹⁶ No es fácil, como digo, hacerse una idea real. Aconsejo la lectura de dos libros que intentan seriamente esa aventura: PHILIPP BLOM, *Años de vértigo. Cultura y cambio en Occidente, 1900-1914* (Barcelona 2010). Más profundo y global, PETER WATSON, *Historia intelectual del siglo XX* (Barcelona 2002). Basta leer el índice de este último para quedar atónito ante la lista de cambios y de nombres.

② [*¿CÓMO CALIFICAR TEOLÓGICAMENTE AL SIGLO XX?*] En su libro *Lo absurdo y el misterio*, Jean Guitton, se atreve a decir: *La opción entre lo absurdo y el misterio ha existido siempre. Pero el siglo que está concluyendo ha dotado a este problema de una intensidad dramática. Por primera vez a lo largo de su trágica historia, se encuentra toda la humanidad cara a cara con la absurdidad (...) Por primera vez desde su origen, la humanidad ha tomado conciencia en este siglo de que el progreso podía volverse contra sí mismo, que la «evolución» no es sino un relámpago entre dos nada...*¹⁷ No es una exageración transitoria de aquel gran filósofo católico —llamado por Juan XXIII al Concilio y amigo íntimo de Pablo VI cuyas conversaciones publicó en *Dialogues avec Paul VI* (1967)—, sino que la reitera y la acentúa en todos sus libritos “testamento”. Sigo copiando algunos pasajes llamativos donde expresa su convicción de que el siglo XX rompe la continuidad de la historia: *Estoy contento de que esta división haya tenido lugar en el centro de mi vida y haber podido asistir lúcido a este salto de la cresta, a la aparición de un fuego material nuevo (el fuego nuclear), así como a la llamarada de un fuego espiritual que continúa el fuego de Pentecostés (...) Hemos entrado en un periodo de la historia humana **que no tiene otro análogo, que es como el inicio de un fin, o mejor de un comienzo***¹⁸. Este gran filósofo, académico de la AF, usa en estos libros-testamento un lenguaje que bien pudiéramos calificar de apocalíptico, si bien no llega a ninguna calificación teológica (intervención próxima de Dios, Venida del Señor...), seguramente porque dentro del catolicismo la dimensión escatológica estaba muy debilitada o porque aludir a la Venida le quitaría fuerza persuasiva frente a los ilustrados ateos a los que siempre intenta dejar mensaje cristiano. Es llamativo que al reivindicar lo esencial que es callado y oculto, no haya al menos preguntado por la posible proximidad del Reino en gloria. Nuestra pregunta es sencilla: ¿no invita el siglo XX a recuperar con toda su hondura y atracción esa dimensión escatológica? Sin tintes apocalípticos de fechas o circunstancias, sin aproximarnos a esa mentalidad catastrofista que cada vez está más presente en el cine actual¹⁹, ¿no tendríamos que mirar al

¹⁷ JEAN GUITTON, *Lo absurdo y el misterio*, Valencia 1991, p.7-8.

¹⁸ JEAN GUITTON, *Silencio sobre lo esencial*, Valencia 1988, p.79, 94... El subrayado es mío.

¹⁹ De siempre el género apocalíptico catastrofista (fin del mundo por conflicto nuclear, pandemias...) ha tenido cierta importancia. En los últimos años se han multiplicado estas películas; basta echar un vistazo a las páginas informativas de Internet. Como muestra y dejando fuera las de zombis, he aquí algunas

verdadero futuro y sospechar que asistimos a la “última jugada” entre Dios y ese enemigo que, sabiéndose derrotado hace el último esfuerzo para destruir la obra de Dios? Son momentos en que deben resonar las palabras del Señor de modo muy especial: *Simón, Simón, mira que Satanás ha pedido poder para zarandearos como el trigo, pero yo he rogado por ti, para que no te falte la fe. Y tú, después que hayas vuelto, confirma a tus hermanos (Lc 22,31-32). En aquel tiempo muchos renegarán de su fe, y se odiarán y se traicionarán unos a otros. Habrá tanta maldad, que la mayoría dejará de tener amor hacia los demás. Pero el que siga firme hasta el fin, se salvará. (...) Y si Dios no acertara ese tiempo, no se salvaría nadie; pero lo acertará por amor a los que ha escogido (Mt 24,9ss).*

③ **[¿UN SANTO PARA EL SIGLO XXI?]** La situación que vivimos tiene cierta analogía con la que vivieron los cristianos a finales del siglo V, cuando Roma es incendiada y el mundo conocido se viene abajo con la invasión de las tribus del norte. La idea del fin del mundo se apodera de muchos y la desesperanza atrapa los espíritus. Un hombre va abrir horizonte siendo simplemente fiel al Señor. Me refiero al Padre más importante de Occidente, casi su creador: San Agustín. ¿Cuál es la clave para entender su misión? Al parecer es la conversión de su corazón, de su afectividad más profunda lo que le permitirá andar el camino. Esa conversión es hondísima, interior, viva y existencial. Es casi un ser concebido y parido de nuevo, y en eso no podemos olvidar la impronta materna de Santa Mónica. Su autobiografía espiritual, *Las Confesiones*, supone una toma de conciencia especial de lo ocurrido en su alma. Armado con esta vinculación íntima con Cristo, Agustín va a sortear dos corrientes típicamente occidentales que hubieran cerrado el horizonte cristiano: el pelagianismo reductor del hombre a conducta, a un hombre confiado en sus fuerzas espirituales; el donatismo, un puritanismo martirial, elitista y nacionalista, que dejaba fuera de juego a los simples, al pueblo. Sólo los *héroes*, los comprometidos

posteriores al año 2000 (también son numerosas las de las últimas décadas del siglo XX): *Melancolía*” (Lars von Trier, 2011); *“Take shelter”* (Jeff Nichols, 2011); *“El día de mañana”* (Emmerich, 2004); *“2012”* (Emmerich, 2009); *“Deep impact”* (Mimi Leder, 1998); *“Señales del futuro”* (Alex Proyas, 2009). *“Doomsday: El Día del Juicio”* (Neil Marshall, 2008), *“Número 9”* (Shane Acker, 2009), *“El libro de Eli”* (Albert y Allen Hughes, 2010); *“Dredd”* (Pete Travis, 2012); *“Contagio”* (Steven Soderbergh, 2011); *“Perfect sense”* (David Mackenzie, 2011); *“Donnie Darko”* (Richard Kelly, 2001); *“La niebla de Stephen King”* (Frank Darabont, 2007); *“El núcleo”* (Jon Amiel, 2003) o *“Sunshine”* (Boyle, 2007); *“Hijos de los hombres”* (Alfonso Cuarón, 2006); *“El incidente”* (M. Night Shyamalan, 2008), etc.

hasta el martirio, los fidelísimos, eran dignos del Señor. La doctrina de la gracia, recuperación de San Pablo, confirmada por el bautismo de los niños, abre las puertas de par en par a un pueblo ignorante y nada heroico, pero que será la Iglesia medieval. Ya muy anciano (entre el año 412 y el 426) escribe *La Ciudad de Dios (De civitate Dei contra paganos)*, una obra con 22 libros. En ella deja algo importantísimo muy claro: el Reino de Dios, o sea la Ciudad de Dios, no se identifica con Roma, ni con ningún Imperio, ni siquiera con la Iglesia. La Ciudad de Dios es una realidad escatológica, presente ya en la historia, pero hacia la que se camina en la fe. Conversión del corazón, confianza en la gracia de Dios, amor al pueblo sencillo, libertad escatológica frente a las construcciones humanas. ¿No es un modelo para el transmisor de la fe en el siglo XXI? ¿No despertará el Señor vocaciones en esta línea para avanzar en este momento histórico hacia la Ciudad de Dios?

b. [DERECHO SOBRE RENGLONES TORCIDOS] Si abstraemos a una muchedumbre que sigue abierta y expectante buscando a Dios, podemos responder que se está ejerciendo la libertad humana en un grado desconocido hasta ahora. El tipo humano que descubre la libertad frente a Dios se ha gestado en el mundo occidental mayoritariamente cristiano. En un mundo rico, desarrollado, admirador de sí mismo y de sus posibilidades. Es un hombre que cree haber llegado a la mayoría de edad, a la autoposesión. Y utiliza esa libertad liberada por el amor divino, para decir a Dios “no”. Simplemente, no te necesito. Estamos, pues, ante un acto de libertad negativo, destructor, pero libre hasta un extremo no visto con anterioridad. Una libertad que el Enemigo ha orientado astutamente hacia la rebelión, o mejor, hacia la indiferencia, que es aún peor. Insisto: es una libertad mal orientada, destructiva, pero es una libertad nueva, honda, y, en ese sentido, es posible que Dios haya permitido esta “victoria” del Enemigo con el propósito de hacer posible una adhesión a la fe mucho más honda que en el pasado. Ciertamente que la fe de los santos ha sido libérrima, pero no tanto la de una gran mayoría de fieles.

① **[LA RECONVERSIÓN]** En 1980 se publica en Francia la novela *La reconversión*, interesante porque anticipa en un personaje el cambio que

poco después se va a operar en la sociedad rusa; el coronel de la KGB, converso apasionado al marxismo en su infancia, ahora se convierte, con la misma pasión, a Jesucristo y muere mártir²⁰. En ella me inspiro para pensar en una reconversión de muchos ex-cristianos y en el nacimiento de un cristianismo martirial sostenido por los mismos que fueron sus enemigos. ¿No fue el caso de Pablo o de Agustín? Quizá un día no muy lejano este hombre encerrado en su carne palpe el fracaso de su libertad y vuelva los ojos a quien realmente lo ama para regresar al Hogar; ahora sí sabiendo perfectamente lo que se pierde cuando se aleja. Durante los años sesenta y setenta fuimos testigos de cómo una generación educada cristianamente, descubría su libertad y renegaba de la herencia espiritual de sus padres. Una gran parte de los miembros de la izquierda cultural de los años setenta en adelante procedían de familias cristianas, se habían formado en colegios confesionales o, incluso, en seminarios. ¿No estamos empezando a ver otra generación que se separa de las posturas de aquellos jóvenes de los sesenta, ahora padres o abuelos? La sociología, la antropología, nunca dicen la última palabra; se remiten siempre a una presencia inabarcable, a un propósito misterioso. La historia no es fruto de unas leyes inmanentes e inmutables que dirigen una evolución hacia no se sabe dónde. La novedad es posible porque existe la libertad divina y, sostenida en ella, la libertad humana. Nada está escrito, nada cerrado.

② **[ESPERANZA DE CREER]** Hay unas palabras de Jesús enigmáticas y que nos producen inquietud: *Cuando el Hijo del Hombre vuelva, ¿encontrará fe sobre la tierra?* (Lc 18,8). Cuando se abate sobre el mundo una verdadera y honda crisis de fe, de modo que nos recuerda ese final anunciado, hay que **recuperar la esperanza de recuperar la fe**, de reencontrar al Señor, de ser visitados por él. Fe, esperanza y caridad no son compartimentos estancos y estancados. Son tres dimensiones de la vida divina en nosotros, dimensiones relacionadas entre sí. El justo vive de la fe porque previamente ha conocido el amor de Dios y ha sido visitado por la caridad divina; ese amor divino se ofrece y se muestra asequible, abriendo así paso al valor para caminar hacia él, que es la esperanza. A veces, la caridad recibida en el alma es deteriorada por el pecado, pero la fe sigue presente y permite su recuperación; a veces, la esperanza se debilita por el cansancio y

²⁰ VLADIMIR VOLKOFF, *La reconversión*, Barcelona 1980

el fracaso, pero el amor la sostiene al tener que cargar con otros, aún más desconsolados nosotros. Y, a veces, es la fe la que se oculta y se difumina; entonces la esperanza ocupa de algún modo su lugar y ayuda a recuperarla. Hoy es preciso robustecer la esperanza, la esperanza escatológica, el anhelo de encuentro con el Señor. Desde esa experiencia, pedida y otorgada gratuitamente, es posible un nuevo encuentro con el Amor y una fe renovada, más fuerte y personalizada. A continuación, un pequeño relato que nos ayude a situarnos en la “estación”, en la provisionalidad de la espera, donde la fe se purifica, se personaliza y se realiza.

La Mujer de la Estación

Había conocido a aquel hombre único, maravilloso, y se había enamorado perdidamente de él. Para su sorpresa y felicidad, él no tardó en declararse y pedirla en matrimonio. Empezaron los preparativos, pero una urgencia familiar obligó al novio a viajar a un país lejano; prometió volver apenas resolviera el asunto que allí le llevaba.

Ella ardía de impaciencia y todos los días iba a la estación a esperar los trenes en que presumiblemente podía volver. Leía y releía los paneles con horarios y procedencias; preguntaba en información una y otra vez; se colaba en los andenes y registraba con la mirada todos los rostros de los viajeros que venían.

El prometido no llegaba, pero ella seguía acudiendo puntualmente. Los familiares empezaron a prepararla para que soportara el cruel desengaño, pero ella no ponía atención a sus palabras. Volvía y volvía, preguntaba y preguntaba, miraba y miraba. Un día se le hizo tarde para volver a casa y aquella noche durmió en una butaca de la estación. Despertó con los primeros ruidos, entró en los servicios para mojarse la cara, y se quedó todo el día. Todo el día y los días siguientes, y los siguientes, y los siguientes.

Al principio sus familiares iban a buscarla, le regañaban, intentaban llevarla a casa: al menos ven a asearte, a descansar, a hacer una comida decente... Ella sonreía: no os preocupéis, otro día iré. Pero no fue. La familia terminó dejándola por imposible; sus padres murieron, sus hermanos la dieron por loca. Quedó sola en la estación. Bueno, sola del todo, no.

La conocían ya todos los empleados: los de la limpieza, los de las ventanillas... La veían sonreír y la saludaban. Ella era amable, hacía pequeños favores, ayudaba a los ancianos a llevar las maletas, a los limpiadores a recoger papeles y botellas... Las tarjetas de crédito que llevaba en la cartera el día que se quedó, se agotaron, pero siempre había alguien que le daba unas monedas o la invitaba a un bocadillo. Para ella era suficiente y lo agradecía como si la invitaran a un gran banquete. Y seguía

examinando los paneles, preguntando en información, colándose en los andenes, mirando los rostros.

Pasaron años; sí, años. Ella fue arrugándose y encorvándose. Andaba lentamente, con un pequeño carrito donde llevaba los cuatro objetos imprescindibles que los tenderos le habían regalado. Formaba ya parte de la estación, como los paneles y las ventanillas. Los empleados empezaron a llamarla Esperanza, como broma; luego se quedó como nombre y todo el mundo la llamaba así, Esperanza, y ella respondía sonriendo.

Tras muchos años, un día, un día como otro cualquiera... Había llegado la noche; la estación quedó en silencio; los paneles se apagaron; ya no se esperaban trenes. Esperanza, como todos los días, dormitaba en la butaca con el carrito a los pies. De pronto levantó la cabeza; había oído algo. Se levantó, pasó las puertas que daban a los andenes. Y, en aquel preciso momento, un tren no previsto ni anunciado entraba lento y solemne en la estación. No había nadie con ella en el andén; estaba sola. El tren paró lentamente. Unos segundos de espera ansiosa. Se abrieron todas las puertas de todos los vagones; nadie bajaba. Solamente, del último vagón descendió alguien. Esperanza miraba con los ojos abiertos de par en par. El viajero se fue acercando. Era el joven que siempre esperó. No había cambiado: apuesto, alegre, elegante. Y se dio cuenta de que él la había reconocido; no le dio tiempo a pensar que ella era una anciana; se sintió abrazada y experimentó en aquel abrazo que su cuerpo renacía, que su espalda se enderezaba. Y supo que apenas habían pasado unos días desde que fue a buscarlo por primera vez; supo lo que era realmente el tiempo cuando se sintió amada por quien venía de otro tiempo.

Esperanza eres tú, esperanza es la Iglesia. Vivimos en la estación, sirviendo y aguardando al Señor, al Esposo, a nuestro Dios. Que Dios nos conceda valor para confiar y esperar; inventiva para hacer productiva la espera; fortaleza para aguantar el desánimo; alegría para sostener a los que no pueden más.